

JOSÉ MIGUEL HERNÁNDEZ BARRAL: *Perpetuar la distinción. Grandes de España y decadencia social, 1914-1931*, Madrid, Ediciones 19, 2.<sup>a</sup> reimpresión, 2014, 532 págs.

La pluma de Hernández Barral retrata una larga agonía, la derrota de unos perdedores a los que era ya necesario acercarse con detenimiento para descubrir cuál fue realmente su protagonismo como grupo social en las primeras décadas del siglo XX. Hablan las páginas de los Grandes de España, unos sujetos con apellidos históricamente relevantes que han obligado al autor a enlazar política, economía y el propio destello social del grupo para poder plasmar así de forma fidedigna el ambiente de una época de cambios que transformaron lo que, al menos en apariencia, nunca se había modificado. Pese a presentar un resultado que parece conocido de antemano, esta monografía era más que requerida para ahondar en el conocimiento histórico de la España del primer tercio del siglo pasado y que, además, cuenta con credibilidad que otorga la firma de un historiador novel que ha visto recientemente reconocido su buen hacer con una publicación en la revista *Ayer*. Pocas cartas de presentación pueden decir más en menos.

Estudiar la Grandeza resulta atrevido –y a la vez atractivo– para el investigador. Los trabajos que se han realizado sobre este conjunto de individuos en las últimas décadas han puesto de manifiesto la multitud de perspectivas que son válidas de cara a su abordaje. Por citar algunos ejemplos, autores de la talla de Ángel Bahamonde o de Guillermo Gortázar optaron por focalizar en la importancia que desempeñaron como clase social en lo económico, mientras que otros historiadores, caso de Rafael Zurita o Corral López, encaminaron sus investigaciones a desempolvar el papel político que a nivel local jugaron algunos de sus miembros durante el régimen de la Restauración. Ambas facetas, la económica y la política, tienen su hueco entre las páginas de Hernández Barral quien, no obstante, propone ahora algo novedoso al optar por acercarse a los Grandes tomándolos como ellos mismos se consideraban: un grupo casi cerrado dotado de una fuerte conciencia identitaria. Lo que en principio pudiera parecer una simple prosopografía torna de la mano del autor en un interesante recorrido a lo largo de casi dos décadas del siglo XX en el que se va desgranando, periodo a periodo, la evolución de la conciencia de los Grandes en un doble sentido: el cómo se veían a sí mismos y el cómo los veían los que no pertenecían a su clase.

Para conseguir acercarse a la primera de las visiones, en la obra se recurre a distintas intervenciones y llamamientos a los de su clase que en política hicieron algunos Grandes, caso del conde de Torres Cabrera o del duque del Infantado, durante los años críticos del turno. Oportunamente, el autor centra además su atención en la voz institucionalizada de la Grandeza, la Diputación Permanente y Consejo de la Nobleza, un órgano consultivo legitimado para emitir informes sobre la idoneidad de ciertos candidatos a ser ennoblecidos por el monarca. Sin

embargo y para desasosiego de sus miembros –que se autoconsideraban como defensores «del ideal de nobleza»–, sus dictámenes no tuvieron nunca un carácter vinculante a la hora de resolver las concesiones y su influencia no hizo sino decaer con el paso del tiempo. La decisión última se mantuvo, desde el principio y por imperativo constitucional, unida a la figura de un monarca como Alfonso XIII, quien pronto supo apreciar lo ventajoso de esta prerrogativa para captar nuevos adeptos a la causa de la monarquía. Las heroicidades e inmoluciones en guerras de siglos pasados quedaban pero por aquellos años lo que el monarca y sus gabinetes tenían muy presente eran las voces de los republicanos, socialistas o nacionalistas de la periferia que, aunque en números humildes, se hacían escuchar en las calles y en la cámara del Congreso de los Diputados.

El interés por el logro del ennoblecimiento estaba íntimamente ligado a la visión que del grupo tenían aquellos que no formaban parte del mismo pues nobleza y, sobre todo, Grandeza han sido sinónimo de prestigio y distinción. Para captar esa visión Hernández Barral ha decidido aprovechar toda una serie de publicaciones periódicas que hicieron foco en el hacer cotidiano, «el vivir en sociedad», de los Grandes de España. La sonoridad de los títulos, «Gran Mundo» o «Vida Aristocrática» como ejemplos, iba acorde a la dignidad que ostentaban los sujetos que protagonizaban las bodas, cacerías o fiestas de sus páginas. Convivían además con otro tipo de ediciones, las guías de sociedad, que recogían en tiempo presente a los titulares de las distintas casas así como sus antecesores y descendientes. Que la temática tuvo su público es un hecho que constata la propia existencia de estas publicaciones, al igual que la propia evolución de ellas y la de sus redactores demostró, no obstante, la pérdida de interés que con el tiempo llegaron a suscitar entre la mayor parte de la población española. Fue, sin paños calientes, el reflejo del ocaso de una época.

Realmente, son líneas dedicadas a un grupo social particular. Particular no ya por ser el único grupo que recibe la atención de Hernández Barral en la obra, sino por el hecho de haber sabido conjugar de manera sobresaliente lo tradicional con lo novedoso y, aun así, mantener la apariencia de que nada ha transmutado su esencia. El duque de Alba o el de Medinaceli, descendientes directos de aquellos que ostentaban ya Grandeza en el siglo XVI, compartían el privilegio de mantenerse cubiertos ante el rey y de contarse entre su círculo más próximo junto con otros individuos, como el marques de Urquijo o el conde de los Llanos, que habían sido ennoblecidos apenas unas décadas antes. Las diferencias de lo que unos y otros representaban, la aristocracia tradicional frente al exitoso hombre de negocios, quedaban aparentemente difuminadas al pertenecer ambos al selecto grupo de los Grandes pero, a pesar de ello, otros aspectos de lo que la vida en la corte significaba sacaban a relucir la heterogeneidad del grupo. El caso del ceremonial de la cobertura frente al monarca puede ser tomado por la demostración más palpable de ello, no ya porque se respetase la antigüedad del título en el orden de intervención en el acto, sino por las distintas argumentaciones en las que los diferentes Grandes fundaban sus discursos de cara a justificar

su presencia en Palacio. De ellos, de sus discursos y de sus recientes concesiones, se sirve Hernández Barral para identificar con acierto las nuevas inclusiones que con Alfonso XIII pasaron a conformar la Grandeza de España.

Igualmente, ha de señalarse que uno de los aspectos que con seguridad haga historiográficamente más actual el presente estudio sea su acertada mirada a lo que la nobleza de otros países europeos protagonizaba –de forma activa o pasiva– en aquellas mismas fechas. Eran notables y son consabidas las diferencias que existieron entre los distintos nobles europeos –especialmente palpables entre el este y el oeste del continente–, pero adoptando este amplio enfoque, el autor consigue que la Grandeza española del siglo XX no sea vista como un grupo social sin parangón en su contexto europeo, sino como una arista más de un grupo social común en el continente que compartió, allá por donde se daba, la amargura de tener que adoptar un nuevo lugar bajo el sol.

A modo de epílogo, servirán las palabras que hace no mucho escribía García de Cortázar: «la historia de España es rica en perdedores y olvidados, avara en crepúsculos y elegías». Los derrotados de Hernández Barral contaron durante su apogeo con voceros para cantar sus hazañas y oídos prestos a escucharlas. Durante su caída, aquel prestigio dejó de alcanzar ya las cotas del pasado y las voces y oídos que una se ocuparon de ellos, optaron por no hacerlo. Su mundo, el mundo como habían conocido, se estaba precipitando al vacío y los resultados de las elecciones municipales del día 12 de abril de 1931 no fueron sino la constatación del hecho. Los miembros de la Grandeza volverían a concitar la atención de la sociedad, en forma de verdaderas y falsas atribuciones, a partir del 14 de abril. Pero esa es ya otra historia.

*Pablo Mauriño*

Universidad de Sevilla

LUIS OCIO: *Ramiro de Maeztu. Un monárquico en la II República*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2014, 448 págs.

Figura relevante de la denominada Generación del 98, Ramiro de Maeztu lleva interesando a numerosos estudiosos no solo de la literatura, sino también de las ideas políticas y de la filosofía desde hace años. En este sentido, contamos con dos obras especialmente relevantes centradas en la biografía del intelectual vitoriano, la de José Luis Villacañas (*Ramiro de Maeztu y el ideal de la burguesía en España*, Madrid, 2000), abordada desde la filosofía; y la de Pedro Carlos González Cuevas (*Maeztu. Biografía de un nacionalista español*, Madrid, 2003), un excelente estudio desde el terreno del pensamiento político. Otros historiadores también han analizado su obra y su comportamiento político, destacando entre todos ellos Julio Gil Pecharromás y su ya clásico libro *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1931-1936)*